

LA NACIÓN LATIN KINGS, DESAFÍOS PARA REPENSAR LO NACIONAL*

THE LATIN KINGS NATION, CHALLENGES TO RETHINK THE NATIONAL

Mauro Cerbino* y Ana Rodríguez**

En contra de visiones de la criminología positivista y las perspectivas securitarias, que reducen la organización Latin Kings a un fenómeno de pandillerismo, es decir, como formación juvenil desviada, esta investigación indaga en las condiciones históricas, sociales y culturales que han posibilitado el surgimiento de este grupo y su permanencia en contextos de profundas desigualdades y exclusiones.

Palabras clave: pandillas, nación, Latin Kings, modernidad, violencias, síntoma.

A investigação realizada rejeita a visão da criminalística positivista e das perspectivas de segurança, que reduzem a organização Latin Kings a um fenômeno de formação de uma gang juvenil, isto é, como um desvio de formação. O trabalho indaga sobre as condições históricas, sociais e culturais que possibilitaram o surgimento deste grupo e a sua permanência em um contexto de exclusão e de profundas desigualdades. Pertence a uma gang

Palavras chave: quadrilhas juvenis, nação, Latin Kings, modernidade, violência, sintoma.

Against the approaches of positivistic criminology and securitization perspectives, that reduce Latin Kings organization to a gang phenomenon, i.e., as a deviated juvenile group, this research inquires into the historical, social and cultural conditions that have allowed the emergence of this group, and its permanence in deeply unequal and excluding contexts.

Key words: gangs, nation, Latin Kings, modernity, violence, symptom.

* Doctor en Antropología Urbana. Profesor-investigador y director de la revista *Íconos* de Flacso, Quito (Ecuador). E-mail: mcerbino@flacso.org.ec

** Curadora de arte. Magíster en Filosofía Estética y en Estudios de la Cultura. Profesora de la Universidad Central del Ecuador, Quito (Ecuador). E-mail: rodriguez.lud@gmail.com

PREMISA

Los Latin Kings (en adelante, simplemente LK) son una agrupación juvenil estigmatizada por los signos de lo pandilleril y lo violento que, en medio de la inmovilidad que pueden producir esas ataduras que buscan fijarla en la inviabilidad, se reproduce mostrándonos mucho más que la marginalidad de la nación moderna –y, por esa vía, algunos de sus desbordes asociados con los jóvenes, como la violencia socialmente localizada y el crimen organizado– y nos deja ver, más bien, los elementos centrales de una modernidad incompleta y poscolonial: la masculinidad hegemónica, el modernismo cultural de la nación y sus dispositivos pedagógicos, la dimensión circular de los ejercicios de la violencia.

El presente artículo presenta, parcialmente, los resultados de una investigación etnográfica de más de cuatro años en la que el trabajo de campo propiamente dicho ha consistido en una serie de entrevistas en profundidad de las cuales una decena se han ido transformando en relatos de vida. Las entrevistas se han realizado en varias ciudades de Ecuador y de España, con lo cual la investigación ha asumido un carácter transnacional, siguiendo las huellas de una acción que, con el mismo carácter, la organización LK despliega en varios continentes. En ocasiones, los fragmentos de muchas conversaciones orales venían anotados no sólo por los investigadores sino también por sus interlocutores, especialmente cuando del diálogo y de las cosas dichas asomaba una idea o algo que estos consideraban digno de *marcar*, es decir, de reflexionar. Otras veces, se han registrado conversaciones mantenidas en el *chat*. La utilización de este medio no fue sólo por razones logísticas, debido a la distancia entre los sujetos de la entrevista, ya que también se recurrió a éste cuando se trataba de personas que, de hecho, estaban presentes. Resulta que el espacio del *chat* es en el que más cómodos se sienten varios jóvenes LK (y no sólo ellos), muy acostumbrados a usar este medio para comunicarse mutuamente. De ahí que lo más importante es que el *chat* permitiera la producción de largas reflexiones que, de otro modo, habrían sido imposibles en un contacto cara a cara. Así, el *chat* se transformaba de un espacio de la inmediatez y de la información instantánea, a uno en el que la conversación tenía cargas reflexivas, porque el “otro” del investigador podía proyectarse con mayor eficacia que en presencia, dado que, como se

sabe, en presencia muchas veces los niveles de inhibición pueden producir ruidos que dificultan el intercambio.

Además, la utilización del *chat* permitió con mayor facilidad recurrir a lo que hemos llamado la *operación de marcar y de anotar*, siendo que los interlocutores, así como los investigadores con sus diarios de campo, pueden volver (y han vuelto) sobre algunos de los contenidos de *chats* grabados, para repensar en torno a lo que en ellos se dijo, produciendo así nuevas reflexiones.

Debemos señalar, aunque sólo de paso, que uno de los mayores problemas que ha tenido que enfrentar la investigación ha sido el hecho de que la organización actúa de modo semiclandestino, utilizando recursos de comunicación para su reproducción o sobrevivencia que se fundamentan en la elaboración de códigos y lenguajes marcados por un relativo secretismo y por la prohibición de su divulgación.

PANDILLAS, JUVENTUDES Y VIOLENCIAS

La violencia generalizada es la moneda de cambio de la hegemonía que se derrumba, no de la hegemonía que está en el control.

Jock Young, 2003

El término *banda* se ha tornado uno de los últimos términos más satanizados de la sociedad contemporánea, desplegado para englobar y condensar una enorme diversidad y complejidad de experiencias en una sola imagen fetichizada de desorden sin sentido y maldad. La “banda” proyecta y cataliza los miedos y ansiedades de las clases medias acerca del desorden social, la desintegración y el caos que son palpables en estas figuras demonizadas de improductivos, depredadores, patológicos y extraños. Otros escondidos en las sombras y los márgenes urbanos. Antes de que los chicos urbanos marginales se tatúen con las insignias empoderadoras de las bandas callejeras, son marcados por los periodistas, respaldados por los “investigadores” académicos, como Otros transgresores, fuera de la comunidad moral de gente decente (Conquergood, 1994).

Según la mayoría de los estudios consultados, el “espectro” de la violencia juvenil protagonizada por pandillas recorre prácticamente todo el continente latinoamericano y además estaría en ascenso¹. En publicaciones de organismos internacionales o adscritos a gobiernos de

la región, como es el caso del Informe del WOLA 2005 (Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos), se señala que “la actividad criminal de estas pandillas juveniles asola a las comunidades y algunas de estas pandillas bien podrían estar a punto de embarcarse en el crimen organizado” (Thale, 2005: 1). En otros casos, se afirma que la acción violenta de las pandillas representa una real amenaza a la seguridad nacional de los países en los que operan (Santacruz *et ál.*, 2001; Rodríguez, 2006; Cepal, 2008).

El problema, en el caso de los estudios sobre violencia juvenil (y tal vez en general sobre violencia) es que el investigador, partiendo de un conjunto de conceptos, aspectos teóricos y lugares comunes, tiende a no prescindir de una mirada que califica la violencia desde una perspectiva, de algún modo, de tipo moral. Lo mismo sucede en cuanto al sujeto investigado —el pandillero— quien interioriza un discurso moral que lo reduce a la proyección de ser, siempre, víctima o victimario de una violencia que, de algún modo, ha perdido su relación con las condiciones del derecho y de la justicia. Siguiendo a Benjamin (1995: 13) son estas condiciones las que hay tener en cuenta para efectuar una crítica de la violencia, porque es tal, en los términos de una causa agente, sólo cuando incide sobre relaciones morales, cuya esfera es definida por los conceptos de *derecho* y *justicia*. Sin embargo, según la propia argumentación de Benjamin, la dimensión moral de la violencia desde esta perspectiva, es decir, de ser un medio (el derecho) para fines justos o injustos (la justicia), sería un asunto resuelto sólo si se aplicara el derecho natural. Es decir, aquel que plantea que la violencia es un producto natural o, al revés del derecho positivo, que considera la violencia como parte del devenir histórico del poder.

Para ambos casos, y más allá de las diferencias radicales que existen entre el uno y el otro derecho, para que la violencia sea juzgada en términos morales, se debe plantear la existencia de un “pacto social”, o *contrato racional* —como lo define Benjamin (1995)— por medio del cual cada individuo delega al Estado el poder de toda autoridad. Este es el marco a partir del cual se entiende la violencia ejercida legítimamente por el aparato estatal.

Es necesario subrayar que no se trata de un contrato jurídico porque, como dice Benjamin, todo contrato de esa naturaleza, “conduce siempre en última instancia a una posible violencia” (1995: 28), una violencia que se

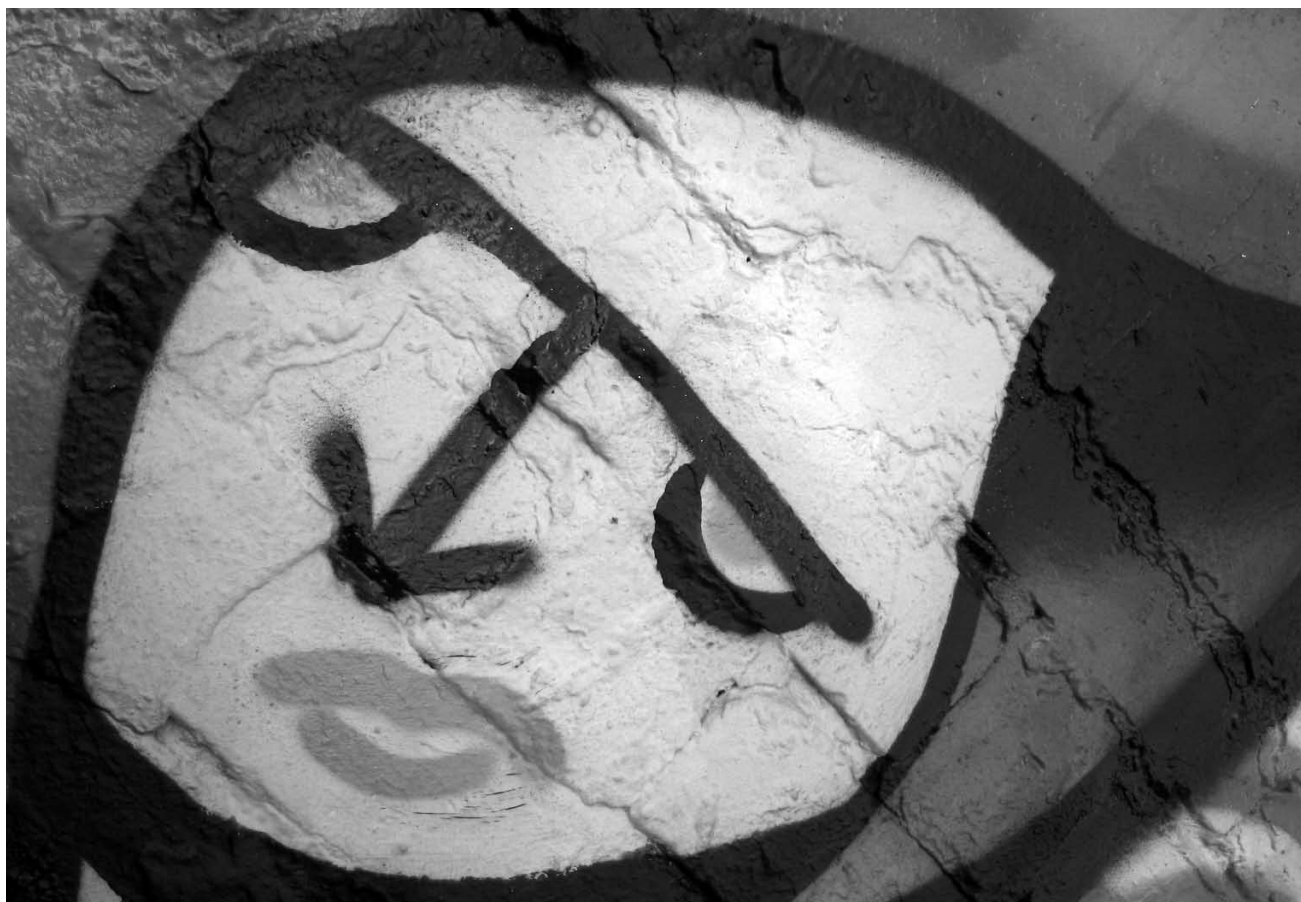
justificaría por la aplicación del derecho. En síntesis, pensar la violencia desde la moral sólo es posible en la medida en que, además del derecho, debe estar vigente ese pacto social que garantizaría, en última instancia, la convivencia, la inclusión y el respeto mutuo.

¿Se puede afirmar que un pacto de ese carácter esté vigente en el mundo contemporáneo y, en particular, en América Latina? El descrédito que ha venido sumando la acción de un Estado que paulatinamente se ha ido transformando de benefactor, o Estado providencia, en uno penitenciario (Wacquant, 2000) debido, sobre todo, a la cesión de su función integradora a las fuerzas de un mercado cada vez más desregulado y privatizado (Bauman, 2004); la crisis de un capitalismo que no sale de la condición de ser “salvaje” y que ha ahondado en las inequidades y en el individualismo a ultranza (Amin, s/f; Bauman, 2001; Harvey, 1993); la crisis de un “orden social” cuyo fundamento ya no es la legalidad o la legitimidad, sino un conjunto de prácticas “paralegales” o abiertamente ilegales (Wallerstein, 2003), han creado una fuerte tensión sobre el mantenimiento del pacto social que, de este modo, se encuentra “herido de muerte”.

Ante esta situación, vuelve a despertarse la profunda necesidad o deseo de tener “comunidad” (Bauman, 2007) como un anhelo para contrarrestar una globalización que nunca ha dejado de producir fronteras y límites —y, por lo tanto, fragmentación— lo que ha abonado un sentimiento de angustia y de no pertenencia social entre amplios sectores ciudadanos, especialmente aquellos que viven en la precariedad laboral y la marginalización social.

Consideramos que el pandillerismo, entendido como un signo evidente de un malestar juvenil que no debe ser reconducido a una conducta desviada de la norma social, es el síntoma de un malestar general que se anida en el seno mismo de la crisis del orden y del pacto social. Que, además, es un fenómeno que debe ser pensado aplicando una perspectiva histórica en cada país, con lo que sea posible ubicarlo como un producto de acontecimientos e imaginarios nacionales con los cuales entra en una relación de continuidad².

El pandillerismo, desde esta perspectiva, es el síntoma de condiciones sociales estructurales que son consecuencia de las construcciones históricas de las que cada país se dota. Sin embargo, es pertinente tener en cuenta que, junto con los problemas relacionados con el debilitamiento del pacto social, en las sociedades actuales se



Graffiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

asiste a la estructuración de un orden social basado en el autoritarismo o en la coerción, según lo señalábamos antes con Bauman (2004). En síntesis, las agrupaciones juveniles denominadas *pandillas*, son el síntoma al mismo tiempo de dos condiciones en las que se encuentran las sociedades contemporáneas. Por un lado, del malestar que viven estas sociedades, a causa del debilitamiento del pacto social que la modernidad en crisis se muestra incapaz de reconstruir, dado que se esfumaron las promesas de emancipación y bienestar que están en el centro de su proyecto. Por el otro, son el síntoma de un tipo de orden social que se anida en el mismo seno de la modernidad, bajo las formas de un autoritarismo cuyas estructuras jerárquicas representan la concreción más clara de la época en la que se vive. Ubicar los elementos historiográficos que, más allá de los “factores sociales”, hacen posible este fenómeno, es uno de los retos desatendidos por los investigadores.

El investigador que pretenda adentrarse en descifrar los significados y las prácticas de un fenómeno como el pandillerismo juvenil, tiene la tarea de mostrar los ele-

mentos que lo componen como síntoma. Para ello, no debería partir de una posición moral *a priori*, que adquiera sentido y es posible en la medida en que plantea la existencia de un pacto social, como si éste se ubicara por fuera de la realidad que estudia, porque los pandilleros lo habrían roto. De hacerlo, la visión moralizante del investigador no podría dar cuenta del hecho de que, en contra de una idea aún dominante en los estudios de juventud y violencia, los jóvenes pandilleros no atentan contra el orden social cuando se los acusa de colisión o de abierta complicidad con el crimen organizado, y, por el contrario, son ellos los que cargan, concretamente, aunque no de modo exclusivo³, con el problema general que vive la cultura contemporánea: el desfallecimiento del orden social y la crisis que atraviesa la construcción de un nuevo pacto civilizatorio.

LA NACIÓN IMAGINADA DE LOS LATIN KINGS

La indagación teórica alrededor del concepto de *nación* aparece cuando, trabajando con organizaciones juveni-

les, surge una que se autodenomina “nación”, de modo completamente anómalo a la lógica de la calle, caracterizada por su fragmentación, y que pretende cumplir con algunas funciones que nos van dando luces sobre el sentido que adquiere esa denominación para los jóvenes *latin kings*.

Esas funciones empiezan a aparecer en el momento del nacimiento de la organización en los Estados Unidos: consisten en “unir” y “proteger” a jóvenes latinoamericanos hijos de emigrantes laborales frente al racismo y a la xenofobia de las otras poblaciones. Según rezan los escritos *latin kings*, lo que tienen en común esos jóvenes, desde los años sesenta, es el hecho de ser “latinos” y por consecuencia “marginales”, y de sentir la falta –y entonces querer– una nación que los identifique, y a la cual referirse, en grandes ciudades como Chicago o Nueva York (Brotherton y Barrios, 2004). Aquella denominación de una “nación latina” en la “diáspora”, capaz de elaborar formas mínimas de sobrevivencia y reproducción social y, a la vez, de afirmación identitaria, tiene en Ecuador desde los años noventa, cuando aparece, el sentido de redefinir a la misma nación ecuatoriana.

Al tratar de describir a la nación LK, nos damos cuenta de que estamos caracterizando los rasgos dominantes de la cultura nacional ecuatoriana. La de los *latin kings* muestra, de modo sintomático, las faltas y exclusiones de la nación ecuatoriana: es una nación dentro de otra que se incrusta en el lugar de la exclusión como afirmación de lo excluido. Las faltas podrían resumirse en la ausencia de ciudadanía universal, de igualdad de oportunidades y Estado de bienestar. Los discursos dominantes, tanto en la nación ecuatoriana como en la nación LK, serían de modo evidente el militarismo, la masculinidad y el nacionalismo. Es por ello que decimos que este concepto de *nación* pasa de ser una metonimia de la latinidad en los Estados Unidos, a convertirse en una metáfora de la “nación incompleta” que se ha dado en Ecuador.

Sin embargo, en los dos casos mencionados y en lo referente a los *latin kings* en España (Feixa *et ál.*, 2006) e Italia (Queirolo, 2007 y 2009), la nación cumple con una función identificatoria cuyo signo perdura: la práctica del nacionalismo con base en la construcción de un proceso de etnogénesis de lo “latino”. Se trataría, por ello, de una nación *para* el nacionalismo. Desde los primeros momentos de la indagación sobre el capítulo ecuatoriano de la organización Latin Kings, la denominación de “nación” empieza a adquirir un significado “especial” si

se lo pone en relación con la nación ecuatoriana, con su dimensión diacrónica, que es la que puede crear un horizonte de larga duración en el cual ir ubicando esa “otra inobservada nación”.

No obstante, la opinión y la imagen generada por la mayoría de los medios de comunicación sobre los *latin kings* como una pandilla juvenil dedicada a cometer actos ilícitos y desviada del orden, la tesis que sostenemos es que el análisis e interpretación de los modos de funcionamiento de la nación de los *latin kings* pueden representar un ámbito heurístico de primer orden para leer el fenómeno de la nación ecuatoriana en su conjunto, al menos en algunos de los aspectos que la constituyen como tal.

Esto no quiere decir que la existencia de esta organización dependa exclusivamente del modo como se ha ido constituyendo la nación ecuatoriana como comunidad imaginada, y que se ha ido plasmando en la vida cotidiana por medio de los dispositivos educativos, los textos escolares, las celebraciones patrias y otras “ritualidades”. Por el contrario, pretendemos afirmar que la organización de estos jóvenes funciona como un espejo que muestra, de modo distorsionado o amplificado, elementos fundamentales de ese orden social constituido que llamamos *nación ecuatoriana*.

Entonces, más que ser simplemente un síntoma de un proyecto social y político que ha desconocido la necesidad de crear condiciones favorables para la participación de los jóvenes en la escena de la sociedad y del Estado ecuatoriano, la existencia de la nación LK es el signo del cuestionamiento (no necesariamente consciente, pero no por eso menos importante) del modo como se ha venido constituyendo ese proyecto y, sobre todo, de los incumplimientos de la modernidad del Estado-nación ecuatoriano. Es el signo de una especie de “exhumación de lo premoderno” (García, 1990: 156) o, en todo caso, de la reproducción de una modernidad con sus sistemas paradójicos de exclusión-inclusión que se muestra en el propio seno del proyecto de Estado-nación ecuatoriano, el cual resulta fallido porque está sostenido en retóricas que sólo aparentemente resultan universalizantes o incluyentes y son, por el contrario, excluyentes y reproductoras de lógicas corporativistas.

Más que registrar las causas que se ubicarían en problemas individuales de corte psicológico de los jóvenes o en las fallas de sus familias, es oportuno dar cuenta de una crítica no sólo del proyecto nacional ecuatoriano sino

también de los intentos enmarcados en una colonialidad del poder en la dimensión transnacional de la organización y su dependencia del “liderazgo mayor” presente en los Estados Unidos. En otras palabras, la lectura de la nación de los *latin kings* pretende arrojar luces sobre la nación ecuatoriana también en su dimensión de sociedad poscolonial.

No se trata de plantear la pregunta de por qué no hay otras organizaciones juveniles que, alimentadas por los mismos ingredientes nacionalistas provenientes de la historia oficial ecuatoriana, hayan desarrollado el mismo esquema que la organización de los *latin kings*, sino de mostrar la relación de implicación que existe entre aquellos ingredientes y el modo como la acción de la nación LK adquiere sentido. Un sentido que, por lo tanto, no se ubica en el espacio de la desviación de la norma o, peor, en la condición de desamparo o desadaptación emocional debida a un estado de inestabilidad típica del estadio de juventud. Ese sentido se ubica en el mismo espacio de constitución de la nación ecuatoriana, de la cual abreva, y en las formas como ésta se ha ido conformando en el contexto de cambios políticos, económicos y sociales contemporáneos.

De ahí que, para contestar a la pregunta de por qué la existencia de una nación como la de los *latin kings* en Ecuador, es necesario ir descifrando aquellos factores estructurales y diacrónicos que guardan relación, por un lado, con la constitución de imaginarios de asociatividad juvenil de los últimos veinte años y, por el otro, con la configuración de una serie de discursos que tienen en el significante militarista y en el del telurismo (significante ancestralista e indigenista), los ejes articuladores de la práctica social de la organización de los LK.

Resulta que esos discursos son algunos de los constituyentes fundamentales de la de la nación ecuatoriana, los que se han articulado para volver posible la historia republicana. Debemos aclarar que, al referimos al significante militarista, no lo hacemos en el sentido de la influencia que han tenido los sucesivos gobiernos dictatoriales de las fuerzas armadas ecuatorianas a lo largo de los siglos XIX y XX en la historia y consolidación de un conjunto de ideas sobre la nación ecuatoriana, sino como un elemento imaginario y simbólico de fuerte intensidad, que influye en la forma como se constituyen los *habitus* y las relaciones sociales. Este referente se plasma en el sistema educativo y, de ahí, en los marcos referenciales de la familia.

Nos interesa mostrar la existencia de una conexión entre la presencia constante del significante militarista en la construcción de una idea de *nación ecuatoriana* y sus relaciones con el discurso y práctica de la masculinidad hegemónica y el autoritarismo, entendidos como elementos que articulan un modo de pensar la elaboración del orden social, la búsqueda de la afirmación y el reconocimiento y la dinámica amigo-enemigo, para procesar las relaciones sociales y el conflicto.

Al discurso militarista hay que agregar un segundo elemento, que es la visión indigenista o telurista, que se plasma en la construcción estereotípica y anacrónica de la imagen de los pueblos ancestrales como guerreros nacionalistas. Juntos conforman los ingredientes fundamentales que nos permiten pensar tanto la nación LK como la nación ecuatoriana, de modo que si la primera se ha ido dando una estructura que configura la elaboración de un orden social paralelo a la segunda (o en sus márgenes), es la nación ecuatoriana, en los términos de sus imaginarios constitutivos, la que ofrece a la nación LK los componentes esenciales de su estructura. Esta opera de modo mimético, en el sentido que Bhabha (2002) da a la mimesis –de lo que es casi lo mismo pero no exactamente, no lo suficiente– reelaborando, a su manera, aquellos componentes esenciales sin poder separarse de éstos y del horizonte nacional al que pertenecen.

En síntesis, la de los *latin kings* es una “nación imaginada” que funciona y se estructura casi del mismo modo a como lo hacen los imaginarios de la nación ecuatoriana. La primera se alimenta de la segunda en aspectos cruciales de su constitución y es capaz, así, de mostrar la trascendencia de esos elementos constitutivos.

CONDICIONES DE POSIBILIDAD DE LA CONSTRUCCIÓN DEL ORDEN SIMBÓLICO PARALELO DE LA NACIÓN LK

La nación Latin King es como un Ecuador en chiquito, pero es nuestra.

King D., quiteño, veintinueve años,
diez en la organización

Al hablar de condiciones de posibilidad, nos referimos a las condiciones históricas que dan cuenta del devenir de un discurso en la complejidad del devenir histórico. En el caso que interesa aquí resaltar, esas condiciones tie-

nen que ver con la consolidación de un *medio ambiente* en el cual se reproduce la dominación o, cuanto menos, la exclusión. Las condiciones de posibilidad son condiciones dominantes, es decir, que *arremeten* contra la ínfima voluntad de los dominados de escribir su devenir histórico.

La historia de los *latin kings*, su presencia en Ecuador, está particularmente ligada a la historia de la dominación en el país y a las formas estratégicas de reproducción del poder. La dominación como problemática histórica, en los estudios de Andrés Guerrero (2000) sobre el siglo XIX, se llevaba a cabo a través de un control de poblaciones que privilegiaba a la población blanco-mestiza sobre la indígena. Por ejemplo, a través de los impuestos, a pesar de la existencia de leyes que vanamente intentaban expresar un principio de igualdad y justicia ciudadana. Esa dominación se produce en los “confines del Estado”, que no son solamente confines territoriales, es decir, rurales y campesinos, sino que son hacendatarios y “privados”.

En el contexto del crecimiento urbano del siglo XX, la problemática de la dominación está presente en la “administración de poblaciones” que hace de la ciudad “una categoría social más que técnica”, “de producción y reproducción de la condición humana”, en donde lo arquitectural condiciona el orden de las relaciones sociales y reproduce relaciones de dominación (Kingman, 2006). La arqueología de la dominación aparece, entonces, como una reconstrucción necesaria a la hora de entender la producción de un “orden social paralelo” como el de la nación LK.

Para comprender el proceso complejo e inacabado de ciudadanización, Guerrero (2000) recurre a dos categorías teóricas y a dos recursos metodológicos. La primera categoría es la de *dominación*, concebida en términos de relaciones de poder que retoma de Foucault (1999), y que se complementa posteriormente con la de *sentido común* ciudadano (Geertz y Bourdieu cit. Guerrero, 2000). En términos metodológicos, Guerrero recurre a dos tipos de recursos: la ciudadanía a través de, por una parte, el análisis de la “administración de poblaciones” y, por otra, el análisis de documentos de segundo orden en los archivos que muestran relaciones de trato cotidiano de subordinación.

A mediados del siglo XIX, los *ciudadanos de facto del sentido común* correspondieron a una categoría cuya legitimidad social como privilegiados (aun siendo pobres)

residió en sus orígenes raciales blancos, razón por la cual, estaban exentos de impuestos. El *mundo del sentido común* es definido por Bourdieu como un “fondo de evidencias compartidas por todos que garantiza, dentro de los límites de un universo social, un consenso primordial sobre el significado del mundo” (cit. Guerrero, 2000: 12). Si ampliamos esta definición, podríamos decir que, así como es parte del *mundo del sentido común*, dado que está “históricamente constituido y relativamente organizado” (Geertz cit. Guerrero, 2000: 12), no se asume como tal sino que aparece casi de modo natural como inmediato a las experiencias. Entonces, podríamos ubicar dentro de ese acuerdo o convención implícita, inmediata, incorporada, una prolongación contemporánea de lo que serían, en la actualidad, *los no ciudadanos de facto del sentido común*: los marginales. Para el sentido común, la marginalidad no es un orden, puesto que permanece fuera del orden. No ha sido *excluida* en el sentido común sino que se mantiene *marginal*.

En esa marginalidad podrían aparecer todo tipo de cosas informes, como el *pandillerismo* (forma de llamar a toda asociatividad juvenil marginal por parte de los ciudadanos de facto del sentido común, incluidos los medios de comunicación) o de modo general, la organizatividad e inventiva popular, que aparecen en lugares en los cuales el Estado está ausente. En este sentido, resulta “natural” que, como parte de un régimen de dominación que se prolonga, surjan nuevos dominados como parte de las relaciones sociales. Eso explicaría por qué resulta tan común que gente de los mismos barrios marginales designe a los jóvenes en sus parques como *pandilleros peligrosos*: es una manera de incluirse en la categoría de ciudadanos de facto del sentido común. Es decir, en una categoría de “prestigio”. Sobre los jóvenes aparece entonces como legítimo descargar el miedo, y temerlos.

Lo que sucedió en el siglo XIX, a decir de Guerrero, es que se pasó de una modalidad centralizada de la administración de las instituciones del Estado, que reproducían, a su vez, la antigua administración colonial de indios, a una nueva forma republicana descentrada, “difusa y variopinta de ‘campos de fuerza’ (Bourdieu) ubicados en la esfera particular privada” (2000: 12). Lo que Guerrero define, con Foucault, como un *sistema de dominación*, se amplía hasta las más remotas formas de reproducción social del poder. La dominación es, entonces, una categoría inevitable en la conformación y reproducción de las relaciones sociales históricamente arraigadas

en la impostura (no en la universalización) del proyecto de ciudadanía nacional.

Las formas de representación de lo marginal popular continúan siendo en gran medida “ventrílocuas”⁴ en algunos aspectos del mundo, la burocracia y la participación política, en la medida en que los sujetos populares deben ser interpelados como electores. Nos preguntamos hasta qué punto, en el mundo de la investigación académica, la ventriloquia y la transescritura⁵ sobre las que reflexiona Guerrero, han sido un motivo de reflexión metodológica y epistémica. En este sentido, trabajar sobre las condiciones de representación, podría tener efectos sobre las condiciones de audibilidad de los sujetos marginales, y replantear de modo participativo el problema de la ciudadanía.

Es la ciudad la que, a partir del modernismo, empieza a encarnar las relaciones de dominación y exclusión en sus configuraciones centradas y marginalizadas. Según Kingman (2006), la triada ciudad-modernidad-poder da cuenta de una nueva manera del control y administración de poblaciones. Nos preguntamos con Kingman por cuál es la comunidad imaginada que la ciudad, en tanto espacio específico de la modernidad, proyecta en la conformación de sus relaciones sociales.

Según el autor, las ciudades andinas surgieron como “resultado de las estrategias coloniales de control territorial y administración de las poblaciones indígenas, y expresaron (y en parte expresan hasta el presente) las ambigüedades de esa política” (2006: 38). Por ello, a pesar de los intentos de modernización y estandarización de los servicios públicos urbanos, estas ciudades siguen siendo fuertemente excluyentes en la actualidad (2006: 45).

El análisis de Kingman nos permite entender la directa relación entre la lógica incorporada de la dominación y la situación de exclusión social de la mayoría de los barrios de Quito en la actualidad. Ya en las primeras décadas del siglo XX podemos presentir las prácticas culturales ambiguas (es decir, que dan cuenta de la convivencia de tiempos heterogéneos) que encontramos, levemente transfiguradas, en la actualidad.

Dentro de la ciudad ha habido una marginalización histórica de las clases populares, no sólo en términos de territorialidad, sino de acceso a la ciudadanización y a los servicios públicos básicos.

La ciudad se muestra dividida espacial y temporalmente, o mejor dicho, escindida entre la modernidad cultu-



Grafiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

ral, presente en el discurso pedagógico escolar del Estado nacional, y la ausencia de modernización y ciudadanía en los confines de la ciudad marginal. Podemos constatar, en la actualidad, en uno de estos nichos de heterogeneidad temporal como es un parque descuidado y sin iluminación de la urbanización Primero de Mayo en el Sur de Quito en 1994, cómo aparece de modo sintomático la metáfora de esa división en la fundación de la nación de los *latin kings* dentro de la ciudad quiteña, metáfora de la nación moderna ecuatoriana.

Para completar la sintomática imagen de la ambigüedad nacional podemos decir que, después de que las políticas contemporáneas de higienización y regeneración se hicieran cargo de iluminar dicho parque, y que las políticas de policialización y persecución intentaran desmontar la organizatividad juvenil, los jóvenes miembros de la

nación LK se refugiaron en el nicho seguro de la iglesia parroquial del barrio Turubamba, en donde el sacerdote les entregó un espacio de reunión y confianza, para que la nación se reprodujera y continuara organizándose de manera paralela al Estado y al orden del *sentido común*.

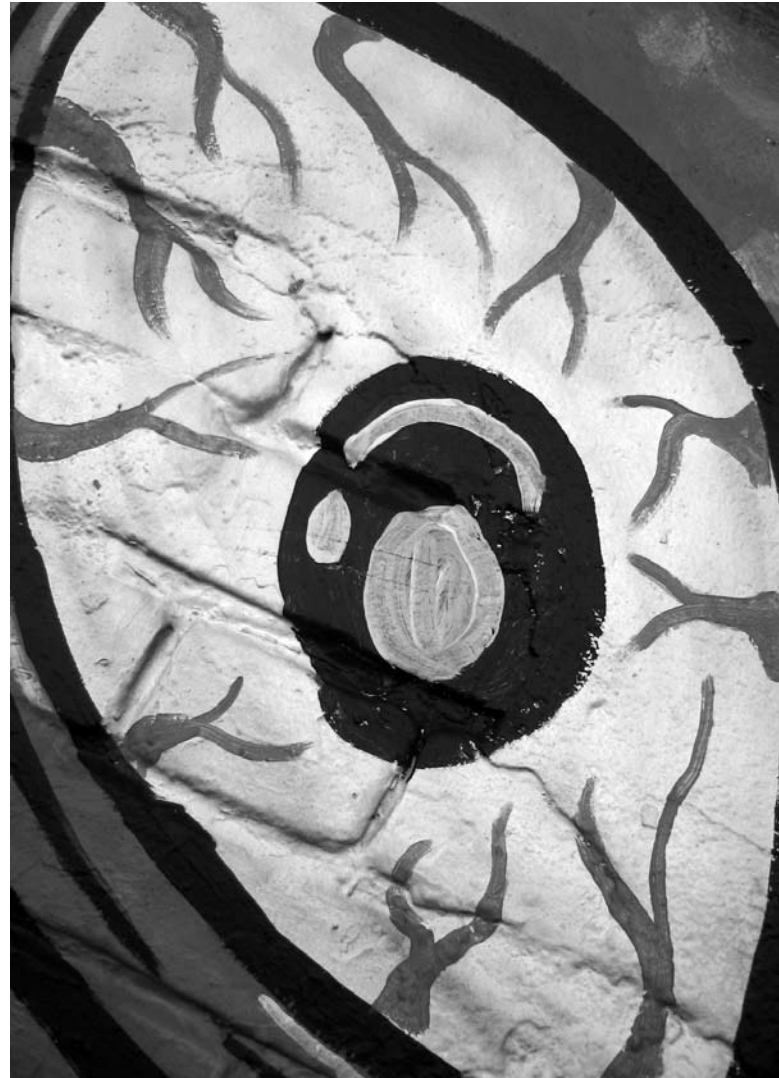
Ese paralelismo mostrará, en 2007, el máximo de sus ambigüedades: buscará relacionarse con el Estado y con las autoridades de la ciudad para pedirles inclusión, pero respetando la existencia y la legitimidad de su *nación chiquita* dentro de la *nación grande*. ¿Nos obliga esto a pensar en la nación Latin King como en una especie de comunidad-nación o un rezago premoderno? Parecería un poco forzado, sobre todo en tanto su condición de existencia tiene también que ver con la transnacionalidad, es decir, con un discurso posnacional que atraviesa (y, de cierta forma, cuestiona) la centralidad nacional.

Sin embargo, pretendemos plantear una relación más o menos directa entre “nación grande” y “nación chiquita”, cada una con su consistencia y con sus “destinos”, que a veces se hacen comunes, entrelazando la una con la otra y viceversa. Otras veces se mantienen paralelas e independientes, como si se rechazaran mutuamente por una especie de “horror especular”. Lo que está claro es que la nación grande no ha podido crear condiciones oportunas para que la nación chiquita no sólo no tenga cabida en ella, del modo como se ha dado y se ha desarrollado –al margen y sin un lugar de integración– sino que la nación chiquita muestra muchas de las facetas que hicieron posible la grande, reproduciendo de ésta los mismos “vicios” que determinaron la expulsión de la primera.

ELEMENTOS DE INTERPRETACIÓN DE “LO NACIONAL” EN LA NACIÓN LATIN KINGS

En vez de ser un objeto a ser examinado, la cultura de bandas necesita ser yuxtapuesta con la cultura dominante e insertada dialógicamente (Bakhtin) para la profundización mutua del entendimiento que lleva hacia la compasión y la humildad, y el auto-entendimiento que lleva a la crítica, a la responsabilidad social y a la acción ética. En vez de material de autocomplacencia, como si nosotros fuéramos puros de violencia, y ellos dados a la violencia, necesitamos reconocer a las bandas callejeras como espejos magnificantes en los que podemos ver claramente la violencia, la territorialización y el militarismo en nosotros mismos.

Conquergood, 1994



Grafiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

Pregunta: ¿Qué es la Nación de los Latin Kings? [...] es permanecer en un mundo distinto aislado de todo alrededor. Tú puedes estar, es como una cúpula donde tú estás encerrado y tú estas viendo todo el mundo afuera y todo el mundo te ve, pero nadie se da cuenta que tú estás en una cúpula y es cúpula de cristal que tenemos nosotros, es linda y se ven muchas cosas bellas, también se ven muchas cosas malas por ejemplo muertes, que ves hermanitos que se han criado contigo y de repente ya no están. Son sufrimientos, son lágrimas, imagínate muchas veces se convierten en lágrimas de sangre, porque no sólo lloras tú a tu brother que ha caído, sino muchas familias llorarán al culpable de ese brother que ha caído, ¿si me entiendes?

Respuesta de King Cris de Guayaquil (veintiocho años, catorce en la organización, actualmente vive en España).

En Ecuador se puede hablar de una “nación ecuatoriana” sólo a condición de tener en cuenta que los sectores populares han sido condenados a una marginalidad política y económica y a la exclusión social y simbólica. Los sectores populares en Ecuador han sido vistos siempre como un puro y simple reservorio electoral, al que se apela de modo populista para conquistar el poder y se desecha una vez obtenido éste.

Por ello, se ha venido constituyendo un gigantesco sector marginal y de excluidos que hace imposible plantear estas condiciones –la marginalidad y la exclusión– como resultado del desmantelamiento del Estado contemporáneo, de la producción de residuos (Bauman, 2005) o del fracaso de políticas públicas de bienestar social. Lo que se observa en Ecuador es más bien un “Estado ausente”, que no ha sido capaz de sostener la construcción de una nación, y un país que no ha sido capaz de imaginar una nación más allá del simulacro realizado por las élites que, a su vez, han hipotecado el futuro del país a través de la reproducción de privilegios y clientelismos propios de un Estado premoderno, y de una economía de enclave que beneficia sólo a las clases burguesas. La marginalidad y la exclusión adquieren, así, en Ecuador, un carácter estructural, que hace vislumbrar condiciones sociales de supervivencia, y estrategias para sortearlas del mejor modo posible, como en el caso de las emigraciones: alrededor de un millón de ecuatorianos han emigrado a España en los últimos diez años.

Es en un contexto de esta naturaleza, donde hay que ir ubicando la reproducción y actualización de la nación de los *latin kings* en Ecuador, y el conjunto de significados a los que apela. La nación LK es, además de víctima de un modelo de desarrollo económico liberal precario, un síntoma de las faltas de la nación moderna, sobre todo un síntoma de la precariedad de un Estado y de una sociedad que se han mostrado incapaces de construir referentes y oportunidades para la juventud, especialmente para la perteneciente a los sectores populares. Una parte de esta juventud, desprovista de los recursos necesarios para la movilidad, el ascenso social y la afirmación, ha terminado por inventarse su “propia nación personal” para garantizarse un espacio oportuno de reproducción social.

Los miembros de la nación LK han actuado en la semiclandestinidad y en el secretismo, en un espacio intersticial “del” margen y “en” éste, construyendo, desde ahí, un modo de ejercicio ciudadano que no se ampa-

ra en los derechos formales ni en el reconocimiento de una actuación política claramente constituida, sino en sus propias reglas de convivencia y autoprotección. De algún modo, se podría decir, con Agamben (1996), que en Ecuador, y en asombrosa similitud con lo que sucede en países receptores de los jóvenes emigrantes (en España e Italia, por ejemplo), el Estado-nación ha creado en su interior una especie de “refugiados” –los jóvenes de sectores populares aquí y los jóvenes “latinos” en los países de destino– como sujetos cuya condición es la de encontrarse desprovistos de los derechos formales que se reservan a los ciudadanos. Los refugiados, de allá y de aquí, son “vidas desnudas”, personas que el Estado-nación de ninguno de los dos sitios logra representar en su interior y que, por lo tanto, expulsa hacia un margen. Y dado que, como afirma Bauman (2005), para los excluidos no hay ley aplicable, los jóvenes que caen bajo esta condición se crean un “refugio” en una organización paralela (la nación LK), que está dotada de leyes que sostienen un orden simbólico para la convivencia y la reproducción social, aunque bajo formas jerárquicas y autoritarias. Se trata, de este modo, de la configuración de una nación (la LK) dentro –y en el margen– de otra (la ecuatoriana), la cual ni siquiera toma en serio su existencia en cuanto organización juvenil, pues la tilda de “pandilla” y trata de reprimirla como si fuera una organización criminal.

Podemos decir que la de los *latin kings* se configura como una nación que, al igual que cualquier otra, es una comunidad imaginada porque reúne las condiciones por las cuales, según Anderson, en la mente de cada uno de sus miembros “vive la imagen de su comunión” (1983: 23), aun cuando no todos sus integrantes se conocen directamente. El número de miembros de los LK puede llegar a ser de varios miles en cada territorio en el que están presentes. La estructura se articula en *capítulos*, “células” distribuidas en cada barrio, que mantienen una relativa autonomía organizativa en relación con el “centro”, del “Inca”, que es el líder de primer nivel. Existe entre los miembros un imaginario colectivo, en la medida en que se ha ido construyendo un colectivo imaginado, debido a la existencia de lo que definen como la “literatura”. Un conjunto de textos “canónicos” que también denominan “la Biblia Latin King”, provenientes, en su mayoría, de los Estados Unidos, y que adquieren un valor de reconocimiento incluso en el plano transnacional.

La existencia de códigos lingüísticos (y retóricos), junto con los específicos contenidos y saberes relacionados tanto con la literatura escrita como con las vivencias y experiencias que cada miembro ha tenido en la nación, conforman las destrezas para comunicarse y entenderse mutuamente, entre quienes se definen como *reyes* o *hermanitos*. Se trata de una especie de común “hábitat de significado”, para utilizar la expresión de Hannerz (2001). Estas “destrezas” representan un importantísimo capital que hace posible el reconocimiento mutuo entre miembros que no se conocen personalmente; incluso permiten establecer vínculos de prestigio o jerárquicos.

La nación LK, por medio de mitos fundacionales, hace posible su reproducción a través de lo que sus miembros definen como “plantar bandera”. Se trata de una acción simbólica que dice mucho, no sólo de la fuerza identitaria intrínseca a la nación, sino que representa una especie de síntoma que se activa cada vez y en todos los lugares donde cualquier otra bandera reconocida por la “sociedad de naciones” no puede o no quiere ofrecer a los jóvenes latinos (y no sólo), un lugar en el cual sea posible la vida. Es decir, donde se den las condiciones para que puedan sentirse ciudadanos, o al menos personas, y habitar espacios y territorios en los que no sean predominantes las miradas que nieguen, aminoren o destruyan las máspreciadas condiciones humanas, como son el reconocimiento y el respeto social.

La pertenencia, por lo tanto, se da siempre por una “falla” que ninguna retórica de Estado puede neutralizar o hacer desaparecer. Esta falla tiene varios nombres: *marginalización*, *exclusión* o *expulsión*, *inequidad* o *injusticia*, *irrespeto* e *incomprensión*. Se produce en el corazón mismo del orden social normalizador de los Estados modernos, y es consecuencia de un modo racista y desigual de articulación y configuración de las relaciones sociales, sostenido sistemáticamente.

Étienne Balibar, refiriéndose a los inmigrantes “indocumentados” presentes en Francia, y más generalmente en Europa, afirma que “han puesto a la luz uno de los principales mecanismos para la extensión del ‘racismo institucional’, tendiente a crear una especie de *apartheid* europeo, asociando una legislación de excepción y la difusión de ideologías discriminatorias” (2004: 28). Este es, quizás, uno de los elementos sociológicos y políticos más importantes a la hora de pensar en este tipo de organi-

zaciones juveniles, tanto en contextos nacionales como transnacionales.

Por su parte, Lea y Young prefieren hablar de *privación relativa*, dado que, en el proceso de asimilación dictado por la lógica del mercado, “una nueva generación de jóvenes ha asimilado las expectativas de la cultura mayoritaria, pero luego les han sido negadas en la realidad” (2001: 149). Esta última es, tal vez, la más sofisticada forma de exclusión, la más impactante, que produce un sentimiento de frustración y de retirada del orden “normal” constituido. No obstante, dentro de la nación, se discute mucho sobre el problema de la soberanía. Un principio que los hermanitos ven con ojos críticos, más allá de las formas retóricas utilizadas por el discurso oficial.

Para King Polo:

Construir la nación ha permitido (y permite) tener lo que nunca los líderes políticos de los países de América Latina supieron construir: una organización, un “reino” fuerte y compacto con capacidad de contrastar la dominación y el yugo de los países colonizadores del norte (guayaquileño de veintisiete años, ocho en la nación LK).

Por su parte, King Borrego (guayaquileño de treinta años, doce en la nación LK) afirma, con pesar, que Ecuador nunca ha sido un país que le haya hecho sentir que era suyo. Siempre lo ha vivido como un país extranjero.

Este es el sentido, profundo y dramático a la vez, de la metáfora de la nación LK. No es sólo una nación dentro de otras, es también una nación “en lugar de otras”, cuyas fronteras son los límites de la intolerancia, del estigma y del desprecio, de los cuales son objeto los jóvenes que no encajan ni aquí ni allá, y donde prima su condición de “refugiados”. Estos jóvenes son “siempre portadores” de alguna condición o característica que los proyecta “fuera de”, poniéndolos al margen, haciéndoles sentir “menos” e identificándolos como “pequeños números”, para usar la expresión de Appadurai (2006), lo cual representa una amenaza para las mayorías “normales” de aquí y de allá, que fusionan estereotipo y estigma, como condición necesaria para alejar la amenaza que representan aquellos pequeños números.

En cada contexto social en el que se constituye una identidad mayoritaria existe esta mirada, que inventa y construye a quienes hay que ubicar por fuera de los límites de un espacio pretendido homogéneo y controla-



Graffiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA ARCHIVO EDITORIAL MAREMÁGNUM

do. Por ello, muchos jóvenes “escogen” (se ven obligados a escoger) la calle como un escenario para sobrevivir por fuera de espacios que les son negados, como los de la institucionalidad social, la escuela, el barrio, la familia o el empleo formal que, por sus propias incapacidades, tienden a expulsar “excedentes incontrolables”. La calle no es, en todo caso, concebida como un espacio al que uno se enfrenta individualmente, sino en grupo, a partir de reglas y normativas colectivas. Las organizaciones juveniles del tipo de la nación LK se convierten, así, en mundos que amparan a los que “no encajan”. Mundos paralelos o alternativos en los que se mantienen estados de exclusión que pretenden convertir a los jóvenes de los sectores populares en sujetos desechables (Bauman, 2005).

Uno de los signos más evidentes de esta ruptura social y, a la vez, del esfuerzo que protagonizan los jóvenes LK para intentar reconstituir un lazo social deshilachado, es la reiterada expresión –que se manifiesta al término de cada oración ante un interlocutor externo a la organización– “¿sí me entiende?”. En esta expresión –que representa una especial síntesis de incertidumbre, incompreensión recíproca, falta y reclamo de escucha– se cuaja la elaboración de una lengua extraña que no remite a la “normal” circulación del sentido. Es el signo evidente de una liminaridad, de una “frontera entre”.

La organización LK es una estructura que nace en el margen, vive y prospera en el espacio liminal de la frontera. Ha sido Turner (1999: 11), refiriéndose a los trabajos de Van Gennep sobre los ritos de paso, quien ha

reflexionado sobre la condición de liminaridad en cuanto a la dimensión interestructural, relacionada con la constitución de grupos, comunidades o comitivas de camaradas que no conforman una estructura de posiciones jerárquicamente dispuestas, porque trascienden las distinciones de rango, edad y parentesco.

En el caso de los LK, la frontera es aquella línea que delimita un espacio cuyo trazado no ha sido realizado por el Estado (Ilardi, 2007). Una línea de frontera vacía de referencias fijas y determinadas, habitada sólo por las tensiones y los conflictos. Una línea, por lo tanto, incierta donde todo se mezcla. La legalidad y la ilegalidad se confunden y la resolución de conflictos es siempre aleatoria (Ilardi, 2007).

La nación LK puede ser entendida como una organización que se constituye por medio de la imitación y reproducción de algunos de los mismos ingredientes que sostienen el sistema cultural dominante en Ecuador. Como ya hemos anotado, el proyecto de nación ecuatoriana se ha ido articulando alrededor de algunos discursos. El de tipo militarista, enmarcado en uno de masculinidad hegemónica, y el del ancestralismo que evidencia la utilización de figuras míticas fundacionales.

Bajo la denominada *masculinidad hegemónica* se va configurando un discurso potente, que articula los modos de concebir y poner en práctica la relación con el otro. La jerarquización, la proyección de un otro contemplado como inferior, la predisposición para aminorarlo o incluso para aniquilarlo, son algunas de las expresiones de la masculinidad hegemónica, que concibe

el reconocimiento y el respeto como condiciones que se ganan en la medida en que se es capaz de aplicarlas en la relación con el otro. Muchas veces la masculinidad hegemónica justifica acciones violentas que son consideradas aplicaciones normales (aceptadas o toleradas por la cultura dominante) de aquel discurso⁶.

Es necesario subrayar que el ejercicio de la masculinidad opera también como un signo de afirmación y “distinción” que los jóvenes de los sectores populares utilizan, no sólo para crearse una plataforma de superioridad los unos con los otros, sino también para compararse con los jóvenes pertenecientes a los sectores pudientes. Siguiendo a Stoler (cit. Gutmann, 2003), quien hace referencia a la dialéctica existente entre hipermasculinización y desmasculinización, se puede decir que los jóvenes de los sectores populares tienden a desmasculinizar a los jóvenes de clase alta proyectándose, de este modo, como hipermasculinos. La construcción de este imaginario funciona como una respuesta que los jóvenes de los sectores más desfavorecidos construyen, dada la necesidad que tienen de establecer un recurso para reequilibrar una diferenciación discriminante que estos mismos jóvenes padecen dentro de una estructura social desigual y fuertemente jerárquica.

El modo como funciona y se articula este discurso masculino es ilustrado por algunos fragmentos extraídos de las entrevistas que reportamos a continuación. En primer lugar, es emblemática la expresión vertida por la mamá de uno de los reyes, que muestra claramente el nivel de incorporación del significante masculino, también en las familias: “Yo no entiendo pon qué mi hijo [King S.] ha entrado en los Latin Kings, ¡si él no sabe pelear!”.

Otro testimonio, el de King New (guayaquileño de veintiséis años, seis en la nación LK), narra lo que le dijo un viejo miembro de los LK cuando él expresó el deseo de entrar a la nación y cómo lo logró:

Cuando empecé a investigar cómo hacer para ingresar, le pregunté a B. y me dijo: “Tú no tienes gallardía para ingresar”, porque yo era tranquilo. Después me dijo: “Demuéstrame que tú quieres entrar”. Una vez unos de la banda Master querían apuñalarlo a B. para ellos coger todo el territorio. Un viernes que salió B. y yo justo lo fui a ver para que me haga los exámenes para ingresar, entonces le seguí y total lo acorralaron y yo salí a defenderlo a él, tiré piedras, les dije a unos vecinos que lo querían robar. B. me dijo: “¿Si sabes lo que acabas de hacer? Distes tu vida por un hermano. Tú vas a ser un

buen Rey, tú vas a salir adelante. Demostraste más de lo que yo quería que demuestres porque ellos eran más que nosotros dos y podían haberte matado”.

El ejercicio de la masculinidad es también una especie de “regulador” de situaciones críticas:

Nosotros éramos de las personas que solo nos dejábamos llevar por problemas todo para nosotros era problema, era el pito [la reyerta] era el ensalzarse frente al que primero te quedaba viendo mal en la discoteca y así que esto que el otro, tener fama como quien dice (King Cañón, guayaquileño, veintiocho años, diez en la organización, actualmente vive en España).

Aunque sea sólo de paso, por no haber sido tema de particular atención en la investigación, es necesario señalar que el de la masculinidad hegemónica es un discurso que influye también en las mujeres reinas que pertenecen a la nación. Lejos de poder interpretar su presencia como un intento de feminización de la estructura organizacional de los *latin kings*, las reinas contribuyen a consolidar ese discurso. Su participación está subordinada a un paulatino proceso de masculinización sin el cual es imposible alcanzar posiciones de autoridad y de poder en un contexto de hipermasculinidad.

Al mismo tiempo hay que subrayar que, tanto en la literatura como en las prácticas de la nación, la figura de la mujer es interpretada de un modo similar al que se da en el sistema dominante: subordinada al hombre que ejerce así su “protección” hacia ella. Las reinas son ante todo madres que deben tutelar a los “príncipes”. De modo que, asignándoles este papel, la nación no hace más que reproducir un esquema de ultraconservadurismo muy instalado en Ecuador.

En cuanto a la reproducción del discurso ancestralista, es probable que esto se deba a su particular conjunción con el discurso militarista y masculino. Una de las afirmaciones recurrentes en las narraciones que los miembros de los Latin Kings hacen sobre “su nación”, es la referencia al Inca (en particular Atahualpa, pero también Rumiñahui) como de un pasado que se debe rescatar si se quiere construir una nación fuerte, compacta y no subalterna. De hecho, la organización en Ecuador asume el acrónimo STAE, que significa Sagrada Tribu Atahualpa Ecuador. Según King M. (guayaquileño de 32 años, miembro desde la fundación y líder actual de la organización), la apelación a raíces ancestrales es una regla presente en la *literatura canónica* de Chicago, la cual se



Grafiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE MARIANA GUHL

traduce en Ecuador en la búsqueda de los propios incas míticos. Esto explicaría la asimilación de las figuras de Atahualpa y de Rumiñahui. Estas figuras que fundamentan la idea de *nación ecuatoriana*, son las que cualquier adolescente o joven aprende a reconocer como tales en la escuela y en el colegio. Por medio de ellas, como hemos dicho, se rescata y reconoce el valor de ser bravos guerreros, diestros y valientes al enfrentarse a todo tipo de enemigo. Por ello, el reconocimiento que tributan los jóvenes *latin kings* a estas figuras es doble. Por un lado, porque aprenden en los libros de historia que son las figuras que alimentan el imaginario de constitución de la nación ecuatoriana. Por el otro, porque las virtudes militaristas y masculinas con las que en esos textos se representan, son una fuente importante de inspiración para pensar su nación.

En un testimonio de King M. se pone en evidencia de qué modo se resignifica la figura de esos guerreros para contemplarlos dentro de la organización. Lo interesante es que King M. se plantea un interrogante sobre el significado histórico de Atahualpa en un viaje que realiza a Perú para abrir un capítulo LK. Ahí, los jóvenes perua-

nos le hacen ver que Atahualpa es el enemigo de Huáscar, su hermano peruano, a quien arrebató una parte del Imperio inca que su padre Huayna Cápac le había dejado en sucesión. King M., en esa ocasión, tuvo que aclarar que utilizan la figura de Atahualpa por razones culturales y no por su carácter de “abusivo” (según la versión peruana), y que, de todos modos, Atahualpa es el fundador de la nación ecuatoriana.

El aprendizaje de la historia patria no sólo es asumido por los jóvenes *latin kings*, quienes la recrean para constituir su *nación*, sino que dentro de la misma, como una de las actividades formativas principales, esta historia, su simbología fundamental y todo el relato mítico es, a su vez, enseñado a los miembros de la organización.

Está claro, sin embargo, que no toda la historia aprendida en las aulas y en los textos escolares se reproduce vía enseñanza dentro de la nación. Únicamente lo hace aquella que tiene que ver con el pasado que dio origen a la patria y sus emblemas principales. Del resto, de la historia más contemporánea, dicen que no vale la pena enseñarla porque es “vergonzosa”, debido a la actuación inapropiada de los gobernantes que se han sucedido. Es decir, la valoración hiperbólica de los mitos ancestralistas coincide con una descalificación de la historia contemporánea y más reciente.

Otro aspecto con el que se puede pensar el tipo de organización que se ha dado la nación LK tiene que ver con lo que Roberto Esposito (2005) ha definido como *inmunidad*. Es decir, aquella condición del cuerpo social o individual que se activa cuando se siente asediado por lo negativo –las amenazas que provienen de lo externo a estos cuerpos, léase extranjeros o enemigos, por ejemplo– hace surgir nuevos particularismos que se olvidan de lo “común” (de lo “universal”) que puede construirse entre distintas identidades, y predispone al empleo de estrategias beligerantes⁷. En el caso de la nación LK, la necesidad de manejar cierto secretismo, los mecanismos de lealtad, y las “sanciones” para los que deciden abandonarla de forma “sospechosa”, representan un modo de inmunizarse hacia ese otro externo (el orden social “legítimo”), el cual, a su vez, se comporta del mismo modo hacia la nación LK. De entenderse así, la nación LK representa un síntoma más o menos evidente de condiciones culturales, políticas y sociales conflictivas que se ubican en el sistema dominante. Esto torna inviable la interpretación, según la cual, los *latin kings* actuarían

como un colectivo “antisistema” al estilo de otros colectivos juveniles, como es el caso de los rockeros. Más bien hay que saber leer los signos de una demanda de integración que, en los últimos años, se ha vuelto patente y ha hecho posible que la organización busque el camino de un reconocimiento formal.

CONCLUSIONES

En contra de visiones que reducen el fenómeno de los *latin kings* asociándolo al pandillerismo, hemos querido mostrar y sostener otra perspectiva. Nuestro punto de vista es que esta organización, nacida en los Estados Unidos hace ya seis décadas, y que se autodenomina como una “nación”, obedece a fenómenos más complejos relacionados con la forma como se construyen las identidades juveniles en contextos al mismo tiempo transnacionales y locales.

En el caso de Ecuador, nace, prospera y tiene razón de ser y estar en las entrañas mismas de una modernidad contradictoria que da lugar al proyecto nacional ecuatoriano. Aquello que ha sido rápidamente tachado como conducta criminal desviada, como consecuencia de situaciones disfuncionales de irregularidad propias de la familia contemporánea o, también, como el resultado de la propia condición de inestabilidad emocional de la juventud, resulta ser una organización juvenil cuyas condiciones de posibilidad y existencia hemos ido buscando en el modo como se viene construyendo esa otra “nación grande” que es Ecuador.

Los elementos contradictorios de la nación ecuatoriana han alimentado y permitido que esa otra –la nación chica de los LK– se haya dado y reproducido. Las formas militaristas y de masculinidad hegemónica han sido algunos de los ingredientes que hemos querido mostrar, y que nos hacen plantear un relativo paralelismo a la hora de pensar ambas naciones. Del mismo modo, algo parecido sucede con el carácter inequitativo y excluyente de la nación ecuatoriana que hace que estos elementos nacionales se reproduzcan en sus “márgenes”.

Si la existencia de estas organizaciones depende en buena medida de las formas de construcción de la nación y del Estado, de sus inconsistencias, de sus promesas desatendidas, de su base de inequidad y desigualdad, todas



Graffiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE SUSANA CARRIÉ

éstas comprendidas en un modelo de desarrollo económico liberal y clientelar; si la existencia de organizaciones como la de los *latin kings* es el resultado de la producción de un “resto” en el proceso de marginalización y exclusión que ha sido históricamente una constante de la acción del Estado ecuatoriano, ¿cómo no tener en cuenta estos y otros elementos a la hora de diseñar políticas públicas de juventud en materia de organizaciones juveniles de la calle, y también para aquellas de naturaleza abiertamente pandilleril? En vez de querer combatir las para aniquilarlas, habrá que entender a fondo el lugar sociológico, cultural e histórico desde donde provienen estas organizaciones. Los modos con los cuales se inscriben en los procesos históricos y sociales de larga duración del país. Las formas de reproducción, de resistencia y de resignificación del orden constituido.

Paradójicamente, la nación de los LK representa todo lo que pudo haber sido un país, y que no logró ser. En realidad, es el único “país” posible para sujetos que nunca han sido incluidos en un país “normal”.



NOTAS

¹ Para Centroamérica: Aguilar y Carranza (2008), Acevedo (2008), Cruz (2005 y 2006), Guobaud (2008), Gaborit (2005), Rubio (2006), Fournier (2000). Para toda la región: OPS/GTZ (2008), BID (2006), WOLA (2006), Concha-Eastman (2000).

² Los trabajos de Jose Manuel Valenzuela (2007), Alonso Salazar (1990 y 1998) y Rossana Reguillo (1995 y 2000) van en esta dirección, siendo, sin embargo, que la mayoría de los estudios sobre pandillas no toman en cuenta los factores históricos en sus análisis.

³ Es probable que en este sentido el aumento, al menos en América Latina, de casos de ajusticiamientos extrajudiciales y linchamientos comunitarios, sean ingredientes que muestran el mismo síntoma.

⁴ *Ventrílocuas* son las formas de la comunicación por medio de las cuales los sujetos subordinados y dominados establecen por intermedio de “ciudadanos” y funcionarios públicos, la relación con el Estado.

⁵ Con *transescritura* Guerrero (2000) entiende las formas de registro y escritura que se plasman como consecuencia del ejercicio de las ventriloquias.

⁶ Esta es una de las argumentaciones principales tratadas en trabajos anteriores (Cerbino, 2006).

⁷ Sobre este argumento también existe la referencia de Appadurai (2006) cuando habla de “identidades depredadoras”, entendiéndolas como las que no toleran “ningún otro” (pues es visto como una amenaza para la homogeneidad o pureza de su identidad) e intentan deshacerse de él.



Graffiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA DE LAURA CARBONELL

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. ACEVEDO, Carlos, 2008, “Los costos económicos de la violencia en Centroamérica”, Presidencia de la República - Consultoría para el Consejo Nacional de Seguridad Pública, disponible en: <http://www.ocavi.com/docs_files/file_538.pdf>, consultado en marzo de 2009.
2. AGAMBEN, Giorgio, 1996, *Mezzi senza fine, note sulla politica*, Torino, Bollati.
3. AGUILAR, Jeannette y Marlon Carranza, 2008, “Las maras y pandillas como actores ilegales de la región”, ponencia presentada en el marco del Informe Estado de la Región en Desarrollo Humano Sostenible, San Salvador.
4. AMIN, Samir, (s/f), *El reto de la mundialización*, disponible en: <<http://www.globalizacion.org/Desarrollo/AminGlbzEconomiaTnz.htm>>, consultado en enero de 2009.
5. ANDERSON, Benedict, 2000, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
6. APPADURAI, Arjun, 2006, *Fear of Small Numbers: An Essay on the Geography of Anger*, Durham, Duke University Press.
7. BALIBAR, Etienne, 2004, *Derecho de ciudad. Cultura y política en democracia*, Buenos Aires, Nueva Visión.
8. BAUMAN, Zigmunt, 2001, *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal.
9. _____, 2004, “El retorno de la violencia”, en: Jesetxo Beriain, *Modernidad y violencia colectiva*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
10. _____, 2005, *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*, Barcelona, Paidós Ibérica.
11. _____, 2007, *Voglia di comunità*, 4ª ed. Bari, Laterza.
12. BENJAMIN, Walter, 1995, *Para una crítica de la violencia*, Buenos Aires, Leviatán.
13. BHABHA, Homi, 1994, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial.
14. BROTHERTON, David y Luis Barrios, 2004, *The Almighty Latin King and Queen Nation. Street Politics and the transformation of a New City Gang*, Nueva York, Columbia University press.
15. BUSTOS, Guillermo, 2007, “La hispanización de la memoria pública en el cuarto centenario de la fundación de Quito”, en: Christian Büschges (comp.), *Etnicidad y poder en los países andinos*, Quito, Corporación Editora Nacional/Universidad Andina Simón Bolívar.
16. CEPAL, 2008, *Panorama social de América Latina*, Santiago de Chile.
17. CERBINO, Mauro, 2006, *Jóvenes en la calle: cultura y conflicto*, Barcelona, Anthropos.
18. _____, 2001, *Culturas juveniles: cuerpo, música, sociedad y género*, Quito, Abya-Yala.
19. _____, 2004, *Pandillas juveniles*, Quito, El Conejo.
20. CERBINO, Mauro y Luis Barrios (eds.), 2008, *Otras naciones: jóvenes, transnacionalismo y exclusión*, Quito, Flacso - sede Ecuador.

21. CONCHA-EASTMAN, Alberto y Angela Gardner, 2000, *Child Abuse in Latin America and the Caribbean*, Washington DC, PAHO, disponible en: <www.paho.org/English/AD/DPC/NC/canada.ppt>.
22. CONQUERGOOD, Dwight, 1994, "How street gangs problematize patriotism", en: Herbert Simons y Michael Billing (eds.), *After postmodernism. Reconstructing ideology critique*, Londres, Sage Publications.
23. CRUZ, José (ed.), 2006, *Maras y pandillas en Centroamérica. Las respuestas de la sociedad civil organizada*, volumen IV, San Salvador, UCA.
24. CRUZ, José, 2005, *Los factores asociados a las pandillas juveniles en Centroamérica para el Centro de Estudios Centroamericanos*, disponible en: <http://www.uca.edu.sv/publica/ued/eca-proceso/ecas_anter/eca/2005/685-686/art5-eca-685-686.pdf>, consultado el 19 de febrero de 2009.
25. ESPOSITO, Roberto, 2005, *Immunitas. Protección y negación de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu.
26. FEIXA, Carles (ed.), 2006, *Jóvenes latinos en Barcelona, espacio público y cultura urbana*, Barcelona, Anthropos.
27. FOURNIER, Marco, 2000, "Violencia y Juventud en América Latina", en: *Nueva Sociedad*, No. 167, Fundación Friedrich Ebert.
28. FOUCAULT, Michel, 1999, "La Gubernamentalidad" en: *Estética, ética y hermenéutica*, Madrid, Paidós (Ángel Gabi-londo, ed. y trad.).
29. GABORIT, Mauricio, 2005, *Los círculos de la violencia. Sociedad excluyente y pandillas*, disponible en: <<http://www.uca.edu.sv/publica/ued/eca>>, consultado el 19 de febrero de 2009.
30. GARCÍA, Néstor, 1990, *Culturas híbridas: estrategias para entrar en la modernidad*, México, Grijalbo.
31. GOUBAUD, Emilio, 2008, "Maras y pandillas en Centroamérica", en: *Urvio. Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, No. 4, Quito, Flacso-sede Ecuador.
32. GUERRERO, Andrés (comp.), 2000, *Etnicidades*, Quito, Flacso-sede Ecuador.
33. GUTMANN, Matthew (ed.), 2003, *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Durham, Duxe University Press.
34. HANNERZ, Ulf, 2001, *La diversità culturale*, Italia, Il Mulino.
35. HARVEY, David, 1993, *La crisi della modernità*, Milano, Il Saggiatore.
36. ILARDI, Massimo, 2007, *Il Tramonto dei non Luoghi. Fronti-ere e frontiere dello spazio metropolitano*, Roma, Meltemi.
37. IMBERT, Gérard, 1992, "Los escenarios de la violencia, conductas anómicas y orden social", en: *España actual*, Barcelona, Icaria.
38. KINGMAN, Eduardo, 2006, *La ciudad y los otros: Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*, Quito, Flacso-sede Ecuador.
39. LEA, John y Young, Jock, 2001, *¿Qué hacer con la ley y el orden?*, Buenos Aires, Del Puerto.
40. QUEIROLO, Luca, 2007, *Hermanitos, vita e politica della strada tra i giovani latinos in Italia*, Verona, Ombre Corte.
41. _____ (ed.), 2009, *Dentro le gang, giovani migranti e nuovi spazi pubblici*, Verona, Ombre Corte.
42. REGUILLO, Rossana, 2000, *Emergencia de las culturas juveniles. Estrategia del desencanto*, Bogotá, Norma.
43. _____, 1995, *En la calle otra vez; las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, Guadalajara, Iteso.
44. RODRÍGUEZ, Ernesto, 2006, *Políticas públicas y marcos legales para la prevención de la violencia relacionada con adolescentes y jóvenes: Estado de Arte en América Latina 1995-2004*, Lima, OPS/GTZ.
45. RUBIO, Mauricio, 2006, "La faceta ignorada de la violencia juvenil. El caso de Panamá", Banco Interamericano de Desarrollo, Serie de Estudios Económicos y Sectoriales.
46. SALAZAR, Alonso, 1990, *No nacimos pa' semilla*, Bogotá, Cinep.
47. SALAZAR, Alonso, 1998, "Violencias juveniles: ¿contraculturas o hegemonías de la cultura emergente?", en: Humberto Cubides et ál., *Viviendo a toda, jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Bogotá, Siglo del Hombre.
48. SANTACRUZ-GIRALT, María y Alberto Concha, 2001, *Barrio Adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*, San Salvador, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas-Instituto Universitario de Opinión Pública.
49. THALE, Geoff, Julio 2005, "En la conferencia se aborda el problema de la violencia de las pandillas juveniles en América Central", en *Enlace*, Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (WOLA), disponible en <www.wola.org>.
50. TURNER, 1999, *La selva de los símbolos*, España, Siglo XXI.
51. VALENZUELA, José, 2007, "Introducción. Cien años de choledad", en: José Nateras y Rossana Reguillo (coords.), *Las Maras: identidades juveniles al límite*, México, El Colef/Universidad Autónoma Metropolitana/Casa Juan Pablos.
52. VALENZUELA, José, 2007, "Las maras en mi familia", en: José Nateras y Rossana Reguillo (coords.), *Las maras: identidades juveniles al límite*, México, El Colef/Universidad Autónoma Metropolitana/Casa Juan Pablos.
53. WACQUANT, Loïc, 2000, *Las cárceles de la miseria*, Buenos Aires, Manantial.
54. WALLERSTEIN, Immanuel, 2003, *Alla Scoperta del sistema mondo*, Roma, Manifestolibri.
55. WASHINGTON Office on Latin America (WOLA), 2006, "Pandillas juveniles en Centroamérica: cuestiones relativas a los derechos humanos, la labor policial efectiva y la prevención", en: *Enlace*, Oficina en Washington, DC, octubre, disponible en <www.wola.org>.
56. YOUNG, Jock, 2003, *La sociedad excluyente: exclusión social, delito y diferencia en la modernidad tardía*, Madrid, Marcial Pons.



Grafiti. BOGOTÁ | FOTOGRAFÍA ARCHIVO EDITORIAL MAREMÁGNUM